

la confederación de dicho reino, se convirtió en una de las primeras potencias marítimas de aquella época y dejó sentir su poderosa influencia en el Mediterráneo, extendiendo sus dominios por las islas de Córcega, Cerdeña y Sicilia; y costas del Sur de Italia, llegando hasta la misma Grecia y litoral oriental del Mediterráneo.

Castilla y León. — Continuando el estudio de estos reinos desde la muerte de Fernando III el Santo, en lo que resta del siglo XIII, se suceden los gobiernos de Alfonso X, Sancho IV y Fernando IV.

Alfonso X el Sabio (1252-1284). Aunque con menos intensidad que en el reinado de su padre Fernando III, Alfonso X dirigió sus armas contra los musulmanes, apoderándose de la plaza de Cádiz, convertida en centro de corsarios. Se apoderó de Niebla, en cuya defensa tenemos ya noticia del empleo de la pólvora por los moros, consolidando su poder en otras ciudades de Andalucía y Murcia, apoyado por Don Jaime el Conquistador.

Las ideas absolutistas que acariciara como soberano le proporcionaron algún contratiempo, ya que a ellas se oponía la levantisca y ambiciosa nobleza, que se sublevó ante determinados actos que consideraba despóticos, como la cesión del Algarbe a Portugal y renuncia del feudo que este reino adeudara a Castilla.

También hizo cesión de sus derechos sobre el ducado de la Gascuña, mediante el matrimonio concertado de la hermana de Alfonso Doña Leonor con el príncipe Eduardo, heredero del trono de Inglaterra.

La aspiración al imperio de Alemania que fundaba por ser su madre de la casa ducal de Suabia, fué otro de

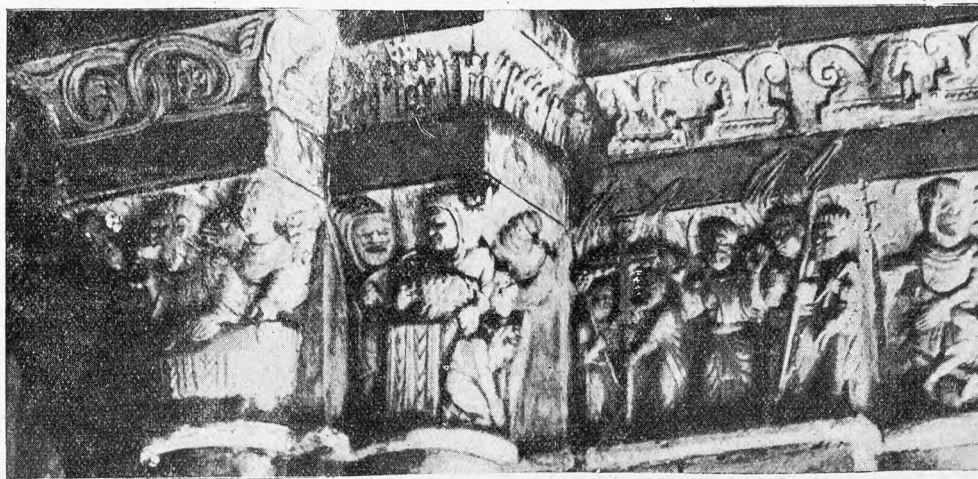
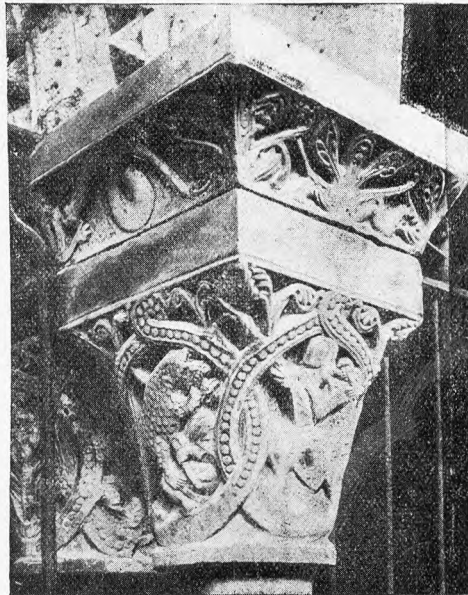
los fracasos que experimentó Alfonso X, al cual debe unirse el desconcierto económico reinante, para comprender los graves problemas con que tuvo que luchar el sabio monarca, fracasos que contrastan con el desarrollo científico y artístico que alcanzó el reino castellano-leonés en la segunda mitad del siglo XIII.

Los disturbios promovidos por la nobleza ocasionaron

la insurrección de los musulmanes del SE. y S. de la Península, en 1261, a los cuales tuvo que combatir, ayudado por su suegro Don Jaime el Conquistador. Si bien logró sofocar aquel movimiento, lo vemos reproducido pocos años después, uniéndose algunos nobles descontentos con el emir Ben Alhamar de Granada, auxiliado a su vez por los Benimerines de África, que desembarcaron en Tarifa y arrasaron buena parte de Andalucía. Contra ellos se dirigió el primogénito de Don Alfonso, Don Fernando de la Cerda; pero, fallecido en 1275, en Ciudad Real, se encargó de aquel ejército su hermano Don Sancho, quien pretendió y obtuvo que se le reconociese como príncipe heredero del trono, en perjuicio de los hijos de aquél.

Este es otro hecho que ocasionó no pocos sinsabores a Don Alfonso X. Intentó éste crear el nuevo

reino de Jaén para el mayor de los Infantes de la Cerda, lo cual hizo estallar la guerra civil entre el rey y su hijo Don Sancho, a cuyo lado figuraba la mayor parte de la nobleza, convocando Cortes en Valladolid, que le proclamaron rey de Castilla y de León en el año 1282. Intervino el Papa en el asunto y muchos nobles volvieron a la obediencia del anciano monarca; pero, quebrantada su salud por los disgustos sufridos, dejó de existir en Sevilla en 1284.



Capiteles del claustro de la catedral de Tarragona

Si políticamente no puede presentarse este reinado como modelo, en cambio figura Don Alfonso entre los distinguidos hombres de ciencia de aquel siglo, no sólo como legislador con su inmortal código de *Las Siete Partidas*, sino también como astrónomo, historiador y poeta.

Sancho IV el Bravo (1284-1295). En su último testamento, Don Alfonso X desheredó a su hijo Sancho, otorgando la corona de Castilla al hijo mayor de Don Fernando de la Cerda, y erigió los nuevos reinos de Sevilla y Badajoz a favor del infante Don Juan, y el de Murcia para Don Jaime.

Don Sancho, haciendo caso omiso de la última disposición de su padre, no renunció a la corona, pues la mayoría de los pueblos y nobles le reconocieron como rey. En las luchas entabladas, fueron vencidos los partidarios del de la Cerda y el infante Don Juan.

Varios conflictos perturbaron otra vez la paz de este reinado, como las disensiones con Aragón, la preponderancia de los más poderosos magnates, el infante Don Juan y Don Lope de Haro, por cuya muerte se inició una guerra civil, auxiliando el rey de Aragón las pretensiones de Don Alfonso de la Cerda. Muerto Alfonso III de Aragón, en 1291, su sucesor concordó las paces con el de Castilla, que, a su vez, las obtuvo del de Francia, quedando asegurado en el trono.

Hallándose en guerra Benimerines y Granadinos, en ayuda de éstos fué conquistada la ciudad de Tarifa, en 1292, y puesta bajo el gobierno de Don Alfonso Pérez de Guzmán. Entonces fué cuando los Benimerines amenazaban al Mediodía de Andalucía, hallándose a su servicio el inquieto infante Don Juan, que puso sitio a la indicada plaza. Tanta resistencia hizo el gobernador Pérez de Guzmán, que el pérfido infante apoderose del tierno hijo de aquél, amenazando con degollarle si no entregaba la plaza, a cuya intimación contestó arrojándole desde los muros su propio puñal para que ejecutase tan cobarde como criminal acto, antes de faltar a la fidelidad de su rey, por cuyo motivo la historia le ha dado el sobrenombre de Bueno.

Fernando IV el Emplazado (1295-1312). Fué proclamado en Toledo, quedando, durante la menor edad, bajo la tutela de su madre Doña María de Molina.

Otra vez se reprodujeron las pretensiones del hijo mayor de los de la Cerda y del infante Don Juan, mezclándose en la contienda los reyes de Aragón, Portugal y Francia, éste como señor de Navarra, acabando aquel estado anárquico concertándose el matrimonio de Don Fernando con la princesa Doña Constanza de Portugal, y concediéndose al de la Cerda una pensión, de acuerdo con el rey de Aragón; con el cual, después de llegar a la mayor edad el rey de Castilla, arregló la cuestión de las fronteras de ambos reinos en la región de Murcia, quedando el río Júcar como límite, con la margen derecha y la nombrada capital para Castilla y la izquierda para Aragón.

Una vez apaciguado el orden interior, se emprendió la guerra con los moros, con la conquista de la importante plaza de Gibraltar, muriendo el Rey al dirigirse contra Algeciras.

Según la leyenda (que no ha sido debidamente confirmada por la crítica histórica), la muerte de uno de los favoritos del Rey fué atribuida a los hermanos Carvajal, por cuyo motivo fueron arrojados desde el Peñón de Martos (Jaén), a pesar de sus protestas de inocencia, citando al Monarca ante el tribunal de Dios dentro de treinta días; y,

como muriera Don Fernando al cumplirse dicho plazo, se le ha dado el sobrenombre de el Emplazado.

Alfonso XI el Justiciero (1312-1350). Con la menor edad del nuevo Monarca, pues solamente contaba un año, varios partidos se disputaron la regencia, hasta que las Cortes de Palencia nombraron cuatro personas, entre ellas la abuela Doña María de Molina, quien se encargó definitivamente del niño, después de fallecida Doña Constanza, con aprobación de las Cortes de Burgos, celebradas en 1315.

El fallecimiento de los infantes Don Juan y Don Pedro en la guerra iniciada contra el reino de Granada, complicó las cuestiones interiores, que se agriaron más aún con la muerte de Doña María de Molina, ocurrida en Valladolid, dejando la guarda del monarca a los caballeros y regidores de dicha capital, hasta la declaración de mayor edad, que se proclamó en 1325.

No por esto cesaron las turbulencias promovidas por las ambiciones de algunos nobles, motivando el asesinato de Don Juan el Tuerto, ejecutado en presencia del Rey o llevado a cabo por el mismo Monarca; turbulencias que se acrecentaron aún más con los escandalosos y públicos amores del Rey con Doña Leonor de Guzmán, después de haber encerrado a su primera esposa Doña Constanza para casarse con Doña María de Portugal.

Como hecho notable, durante este reinado, debe nombrarse la invasión de los Benimerines, que tanto prestigio habían alcanzado en África, que tenían ocupado ya Algeciras y que, en unión del rey moro de Granada, habían puesto sitio a Gibraltar, de cuya plaza se apoderaron en 1333.

Zanjadas algunas cuestiones interiores y de acuerdo con los otros estados peninsulares de Aragón y Portugal, contándose además con el auxilio de Génova, ante la amenaza del poder de los benemerines se emprendió una formidable campaña, en 1340, que el éxito más completo coronó en las batallas de Patute y del Salado, si bien tuvo que lamentarse la destrucción de la escuadra castellana. En 1344 fué conquistada Algeciras, y, en 1349, se puso sitio a Gibraltar, que tuvo que levantarse por la muerte del Soberano, causada por la peste que diezaba aquel campamento.

Pedro I el Cruel (1350-1369). La esposa legítima de Don Alfonso, Doña María, al morir su marido, hizo prender a la favorita Doña Leonor de Guzmán, al poco tiempo asesinada. Amargó este hecho los primeros días del reinado de Don Pedro I, pues los hijos que aquella había tenido de su ilegítima unión con Don Alfonso procuraron vengar aquella muerte ayudados por otros nobles.

Atizaron aún más la hoguera de las discordias las crueldades de Don Pedro y el abandono de su legítima esposa Doña Blanca de Borbón (hija del poderoso magnate de aquel nombre, de la casa de Francia), para entregarse en brazos de su favorita Doña María de Padilla. Mas no fué esto solo, sino que, pretextando la nulidad del primer matrimonio, contrajo nuevo enlace con Doña Juana de Castro, sin romper empero sus adúlteras relaciones con la Padilla.

Estos escándalos motivaron que se formase una Liga contra el rey y la familia Padilla. Tan revueltas andaban las cosas, que el infante Don Enrique de Trastámara se levantó como pretendiente del trono castellano, a pesar de haber logrado el rey y las Cortes de Sevilla, celebradas en el año 1362, que declarasen como legítimos sucesores a los hijos de Doña María de Padilla.

El rey de Aragón, que estaba en guerra con el de Castilla, apoyó aquellas pretensiones, recibiendo además Don

Enrique el apoyo de las *compañías blancas*, venidas de Francia al mando de Duguesclin.

El resultado fué que, entradas dichas fuerzas en Calahorra en 1366, fué proclamado el infante Don Enrique rey de Castilla, siendo coronado después en Burgos, mientras su hermano Don Pedro huía hacia Sevilla.

Inteligenciado este último con el príncipe de Gales, heredero del trono de Inglaterra, derrotó al pretendiente en los campos de Nájera; pero, abandonado después Don Pedro por los ingleses, y reducido a sus propias fuerzas, fué vencido y muerto en la batalla de Montiel, acabando, en 1369, tan funesto como escandaloso reinado.

Enrique II (1369-1379). Muerto Don Pedro, quedó dueño del poder su hermano bastardo Don Enrique, quien cuidó de someter las pocas ciudades que quedaron fieles a la memoria de Don Pedro y de sus hijos; pero tuvo que luchar con nuevos pretendientes como el rey de Portugal, nieto de Sancho el Bravo, y después con el príncipe inglés Duque de Lancáster, que, por estar casado con Doña Constanza, hija del difunto Don Pedro I, también aspiraba a la corona, apoyado por Aragón; obteniendo la alianza de este último reino mediante el matrimonio de su hijo y heredero Don Juan con Doña Leonor, hija del monarca aragonés.

Juan I (1379-1390). Renovada la alianza con Francia y después de nueva guerra con Portugal, habiendo enviudado Don Juan contrajo segundas nupcias con la princesa de aquel reino Doña Beatriz, a quien reconoció su padre el derecho de sucesión a la corona, acariciando de esta suerte la unión de ambos reinos. Esto no fué posible conseguirlo, por cuanto, al fallecer el monarca portugués, aquel pueblo eligió su propio rey, pues de ninguna manera quiso unir su suerte con el reino castellano. Encendida la guerra entre los dos Estados, las armas fueron favorables a los portugueses en la batalla de Aljubarrota, librada en 1385.

Apoyado por el nuevo rey de Portugal, otra vez el Duque de Lancáster pretendió la corona de Castilla, sin conseguirlo, pero logró concertar el matrimonio de su hija con el infante Don Enrique, heredero e hijo de Don Juan, quienes tomaron el título de Príncipes de Asturias, que desde entonces (año 1388) han venido ostentando los inmediatos sucesores a la corona.

Enrique III el Doliente (1390-1406). A causa de su menor edad, reproducense otra vez los bandos y parcialidades de la nobleza. Complicanse las cuestiones sociales y, en 1391, se registran matanzas de judíos en diversas localidades.

Con su reinado coinciden: la terminación del cisma de Occidente; la expedición a Tetuán, que se había constituido en refugio de piratas, y la conquista y colonización de Canarias. La debilidad de su constitución física es el motivo por que se le ha dado el sobrenombre de Doliente.

Juan II (1406-1454). Gobernó la monarquía, como regente, durante su menor edad, su tío el discreto Don Fernando, conocido por el de Antequera, cargo que ejerció hasta que fué proclamado rey de Aragón. Llevó la guerra al reino de Granada, donde reconquistó la fuerte plaza de Antequera.

Declarado mayor de edad a los catorce años, demostró poca aptitud para el Gobierno, del cual fué encargado don Álvaro de Luna, mientras el monarca cultivaba sus aficiones literarias. La distinción de que fué objeto dicho favorito despertó recelos entre la nobleza y particularmente entre los infantes de Aragón, hijos del de Antequera.

Aquellas disensiones motivaron primeramente la guerra del reino de Granada, venciendo las armas castellanas en la batalla de Higuera o Sierra Elvira (año 1431).

Los odios que la nobleza conjuraba contra el condestable don Álvaro, dieron por resultado la cruenta guerra que, en la batalla de Olmedo, librada el año 1445, se decidió a favor del rey y su protegido. A pesar de esto, tuvo que deshacerse de don Álvaro, a quien se formó proceso, condenándosele a la pena capital, que fué ejecutada en Valladolid, en 1453, muriendo poco tiempo después el monarca.

Enrique IV el Impotente (1454-1475). Su reinado fué todavía peor que el de su padre. Renovose la guerra con Granada, cuya campaña no fué muy fructuosa. Divorciado de Doña Blanca de Navarra, a quien achacaba el defecto de esterilidad, contrajo segundas nupcias con Doña Juana, infanta de Portugal. No tuvo tampoco sucesión de momento, lo cual hizo creer que Don Enrique era impotente; pero, como de público se murmuraba acerca de las relaciones de la reina con el mayordomo de palacio don Beltrán de la Cueva, al nacer una hija, en 1462, que, como su madre, llevó el nombre de Juana, se atribuyó la paternidad a don Beltrán, por cuyo motivo fué llamada la Beltraneja. Esto no obstante, el rey hizo que fuese reconocida como heredera del trono.

No se conformaron los nobles con la marcha emprendida por el monarca, y se conjuró, pretendiendo que fuese separado don Beltrán y que se jurase como sucesor al infante Don Alfonso, hermano del rey. Consiguieron su propósito sin grandes dificultades, pareciendo con este acto asentar el monarca a su propia deshonra. Al poco tiempo diose cuenta de la ridícula situación en que quedaba y negó validez a lo que había hecho, motivando de esta suerte el levantamiento de la nobleza, que le destronó en Ávila, al mismo tiempo que proclamaba al infante Don Alfonso.

Con esto quedaba encendida la guerra civil, declinándose las armas a favor de Don Enrique en la batalla de Olmedo, librada en 1467, y terminando con la muerte casi repentina de Don Alfonso en el siguiente año; pues no quiso la infanta Doña Isabel ceñir la corona mientras vivió su hermano Don Enrique, si bien se consideraba sucesora por no reconocer la legitimidad de la Beltraneja.

Ambos partidos llegaron a un acuerdo, y se concertó el célebre tratado en el lugar de los Toros de Guisando, en 1468. Hallándose presentes Don Enrique y Doña Isabel, fué ésta jurada como sucesora a la corona; recibiendo entonces el rey el reconocimiento de fidelidad de los nobles que se le habían declarado en rebeldía.

En 1469 tuvo efecto en Valladolid el enlace de Doña Isabel con Don Fernando de Aragón, casi por sorpresa y a disgusto de Don Enrique, quien pretendió revocar el tratado de Guisando, pretendiendo que se jurase nuevamente a la Beltraneja.

Al morir Don Enrique, en 1474, Doña Isabel fué proclamada reina de Castilla; pero, como el monarca había revocado el tratado antes nombrado, se encendió la guerra civil entre los partidarios de aquélla y los de la Beltraneja, amparados por el rey de Portugal. Finalizó esta lucha con las batallas de Toro y Albuera, y fué por último reconocida Doña Isabel, firmándose, en 1479, la paz con el monarca portugués.

Confederación aragonesa. — Al morir Don Jaime el Conquistador dividió sus Estados, pues constituyó el reino

de Mallorca, con el condado de Rosellón, Cerdeña y Montpeller, a favor de su hijo Don Jaime, quedando para el primogénito Don Pedro Aragón, Cataluña y Valencia.

Pedro III (1276-1285). Esta desmembración, contraproducente en aquel período en que era necesario concentrar el poder para mejor cumplir los destinos políticos a que era llamado, tuvo su compensación con el casamiento de Don Pedro con Doña Constanza, hija del príncipe Manfredo de Sicilia, ya que le dió ocasión para intervenir en aquel reino y extender la influencia aragonesa por el Mediterráneo.

Como uno de sus primeros actos, después de su coronación en Zaragoza, se cita la declaración de independencia respecto de la Santa Sede, negando, de esta suerte, validez al reconocimiento de vasallaje que hiciera Don Pedro II.

Redujo a los sarracenos que se habían levantado en armas en Valencia, y, en 1280, abatió a la nobleza catalana que, insubordinada, se había concentrado en Balaguer.

Obtuvo que su hermano, rey de Mallorca, se reconociese feudatario suyo, y entabló amistosas relaciones con los reinos de Castilla y Portugal, casando a la infanta Doña Isabel de Aragón (venerada en los altares), con el monarca del estado últimamente nombrado.

Como hecho de verdadera importancia, acaecido durante este reinado, debe señalarse la expedición al reino de Túnez y costas de Berbería, empezando de esta suerte el predominio marítimo, que a tan alto grado había de llegar con las sucesivas conquistas del reino de Sicilia, en 1282, y de la Calabria, extendiéndose de esta suerte el dominio aragonés por el Mediodía de Italia, merced a la poderosa marina catalana mandada por el almirante Roger de Lauria.

Otro hecho de suma gravedad se registra durante el gobierno de Don Pedro, cual es la invasión francesa llevada a cabo, en 1285, por haber el Papa hecho donación del reino aragonés a Carlos de Valois; invasión que terminó con la retirada de aquel ejército, que experimentó un serio descalabro al pasar el Pirineo, por el collado de Panissars, en 1285. La posteridad ha distinguido a Pedro III con el sobrenombre de Grande, siendo el reinado de este monarca digna continuación del de su padre Don Jaime el Conquistador.

Alfonso III el Liberal (1285-1291). Aun cuando Don Pedro III no hubiese hecho excepción alguna al instituir heredero universal a su primogénito Don Alfonso, quedó gobernando la Sicilia su hermano Don Jaime, que se encontraba en aquella isla con su madre Doña Constanza.

Continuó Don Alfonso su expedición a las Baleares, que ya había organizado su difunto padre. Rebotaron en este tiempo las cuestiones originadas por la célebre *Unión aragonesa*; conquistó la isla de Menorca; y se inició la paz entre las casas de Aragón y de Anjou, que fué objeto de largas negociaciones diplomáticas, para acabar de una vez sus antiguas diferencias, cuyo convenio no tuvo tiempo de cumplir, por haber fallecido, casi repentinamente, en 1291.

Jaime II el Justo (1291-1327). El largo período de este reinado registra importantes acontecimientos y hechos de imperecedero recuerdo para la confederación catalano-aragonesa, en sus relaciones con Italia y el Oriente.

Al morir Don Alfonso, le sucedió su hermano Don Jaime, que era rey de Sicilia, desde donde vino a la Península para tomar posesión del nuevo reino que le correspondía, dejando en aquella isla a su hermano Don Fadrique en calidad de lugarteniente.

Envió la armada de Roger de Lauria a Sicilia, y prestó su apoyo a Don Sancho de Castilla.

Después de una entrevista con Carlos de Anjou, en el año 1295, firmose la concordia de Agnani, en virtud de la cual Aragón renunciaba al reino de Sicilia, y se pactó el casamiento del monarca con Doña Blanca, hija del rey Don Carlos de Anjou. Este matrimonio se celebró aquel mismo año en presencia de los legados del Papa, que levantaron el entredicho que desde tanto tiempo pesaba sobre los estados aragoneses.

Los sicilianos, no conformándose con la resolución adoptada respecto de su territorio, del cual había de apoderarse la Santa Sede o Don Carlos de Anjou, proclamaron por rey al infante de Aragón Don Fadrique.

En 1296 intervino Aragón en los asuntos de Castilla, enviando un fuerte contingente de tropas a León, y el rey en persona se apoderó del reino de Murcia.

Como compensación de la renuncia que había hecho Don Jaime del reino de Sicilia, en su viaje a Roma, en el año 1297, la Santa Sede le cedió las islas de Córcega y Cerdeña, pero que había de conquistar por las armas.

En 1298 fué a Sicilia con numerosas embarcaciones contra su propio hermano, territorio que tuvo que abandonar el siguiente año, para volver poco tiempo después con otra escuadra, que derrotó a la de los sicilianos en el cabo Orlando. Repuesto Don Fadrique, supo defender su reino hasta que se firmó la paz de Calatabelota, en 1302, casando con la otra hija del rey Don Carlos de Anjou, hermana de Doña Blanca de Aragón.

Acabadas las cuestiones de Italia, dedicose Don Jaime a las de orden interior. A él se debe la fundación de la Universidad de Lérida, y en su tiempo tuvieron lugar el traslado de la Sede Apostólica a Aviñón y la extinción de la orden del Templo, cuyos bienes pasaron a la de San Juan, menos los que radicaban en Valencia, con los cuales se instituyó, en 1319, la de Montesa.

Otro hecho de resonancia, durante el presente reinado, es la expedición de catalanes y aragoneses a Oriente, en 1303. Terminada la guerra de Sicilia, un ejército de más de 6,000 hombres, mandado por Roger de Flor, se dirigió a Constantinopla en auxilio del emperador griego Andrónico Paleólogo, amenazado por los turcos que tenían invadida el Asia Menor. Con los nuevos refuerzos que mandaba Berenguer de Rocafort la expedición fué de victoria en victoria, llegando hasta la Armenia.

Vuelto Roger de Flor a Constantinopla, ocupó una altísima dignidad en reconocimiento al éxito de su empresa, que tantos recelos había despertado ya, y que tan fatales consecuencias hubieron de producir.

Instalado el ejército en Galípoli, con los nuevos contingentes recientemente llegados bajo el mando de Berenguer de Entenza, y, hallándose Roger de Flor y gran número de sus soldados en Andrinópolis, fué invitado por Miqueli, heredero del Emperador, a una comida, siendo traidoramente asesinados, así como también parte de la guarnición que había quedado en Galípoli. Berenguer de Entenza, que quedó al frente de aquéllos, fué también traicionado y conducido prisionero a Génova.

Entonces fué cuando empezaron los actos de furiosa violencia, que Berenguer de Rocafort, con los demás expedicionarios sobrevivientes, cometieron en las regiones orientales, en venganza de sus compañeros traicionados. Al volver libre Entenza, al cabo de unos cinco años, surgie-

ron hondas diferencias entre éste y Rocafort, dividiéndose las fuerzas; y, enviado este último caudillo a Nápoles, el resto del ejército entró al servicio del Duque de Atenas, cuyo territorio le aseguró, entrando más tarde bajo el dominio de los reyes de Sicilia y de la casa de Aragón después.

Mientras estos sucesos se desarrollaban en Oriente, otros hechos importantes se sucedían en la Península, auxiliando Don Jaime al rey de Castilla en la guerra que sostenía contra Granada, a cuyo efecto se armó una expedición que sitió la ciudad de Almería el año 1309, después de las paces concertadas entre aquellos dos reinos.

Muerta la reina Doña Blanca, Don Jaime contrajo nuevas nupcias, en 1315, con D.^a María, hija del rey de Chipre.

En 1323 se emprendió la conquista de Cerdeña, que el Papa había otorgado a la corona aragonesa.

Murió Don Jaime II, en 1327, habiendo alcanzado la Confederación catalano-aragonesa gran prestigio entre los grandes estados del Mediterráneo, debido a la expansión comercial y desarrollo de las artes y de las letras, así como de los conocimientos científicos, registrándose la erección de centros tan importantes como la Universidad de Lérida.

Alfonso IV el Benigno (1327-1336). Hijo y suce-

sor de Don Jaime II, contrajo matrimonio, en segundas nupcias, con la infanta Doña Leonor de Castilla.

El orden interior de la isla de Cerdeña, junto con los celos que dicha posesión aragonesa despertaba en Génova, hizo estallar la guerra con esta República, en 1331.

En el seno de la familia reinante surgieron algunas diferencias, pues Doña Leonor influyó en el ánimo del Monarca para que crease, a favor de su hijo Don Fernando, el marquesado de Tortosa, con esta ciudad y gran parte de tierras del reino de Valencia, a lo cual se opuso esta capital, pero debió ceder forzosamente Tortosa. Dicha resolución no podía mirarla con buenos ojos el primogénito Don Pedro, ya que sus derechos quedaban vulnerados, y se opuso a ella, mientras la Reina con sus hijos marchaba a Castilla, poco antes de la muerte de Don Alfonso.

Pedro IV el Ceremonioso (1335-1387). Durante el largo período que abarca este reinado se destaca, como hecho de gran relieve, la preponderancia del poder real sobre el feudalismo, reduciendo aquél a la nobleza aragonesa y valenciana, hasta el extremo de rasgar el propio Monarca, con

su daga, los famosos privilegios de la Unión, por cuyo motivo se le conoce por Pedro del *Punyalet*. El reino de Mallorca y el condado del Rosellón quedan definitivamente incorporados a la corona aragonesa, cuya intervención, en lo militar y político, se deja sentir en Cerdeña, Sicilia y Grecia; debiéndose añadir, en sus relaciones con Castilla, el auxilio prestado a Alfonso X en la batalla del Salado, y la larga lucha que sostuvo nuestro Monarca con Don Pedro el Cruel.

En 1338 casó con Doña María, hija del rey de Navarra.

En 1339, en Aviñón, prestó homenaje al Papa, por las islas de Córcega y Cerdeña, y concertó una alianza con el rey de Castilla para detener la invasión de los benimerines,

a cuyo efecto envió una escuadra para que, junto con la armada de Portugal, guardasen el Estrecho de Gibraltar, contribuyendo, con el auxilio prestado, al buen éxito de la campaña, que terminó con la batalla del Salado, en el año 1340.

En este tiempo se iniciaron las cuestiones con el rey de Mallorca, Don Jaime III, a quien Don Pedro declaró la guerra, apoderándose de aquella isla en 1343, y del condado del Rosellón en el siguiente año.

El intento que tuvo Don Pedro de que se jurase heredera del trono a su

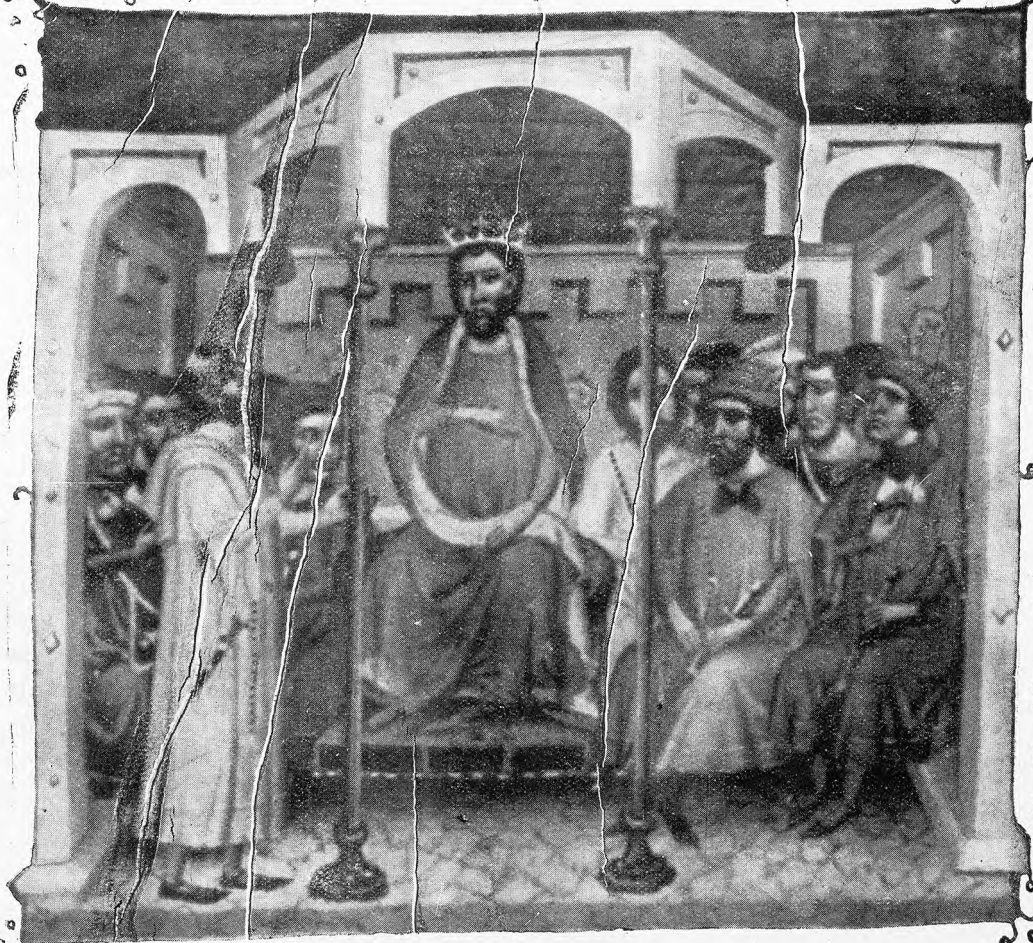
hija Constanza, exasperó al hermano de aquél, el infante Don Jaime, Procurador general de los reinos y futuro heredero, en el caso de faltar sucesión masculina.

Como que, según la Constitución aragonesa, las hembras estaban excluidas de la gobernación del Estado, el infante Don Jaime viose apoyado en sus derechos por la nobleza, quejosa de la conducta del Monarca, formando la célebre Unión.

Para solucionar los conflictos surgidos y atender las reclamaciones de los nobles, celebráronse las azarasas Cortes de Zaragoza de 1347, que solamente conjuraron de momento el conflicto.

En Noviembre de aquel mismo año contrajo Don Pedro segundas nupcias con Doña Leonor de Portugal, falleciendo seguidamente el infante Don Jaime; muerte que el pueblo creyó era debida a una venganza de su hermano el Monarca.

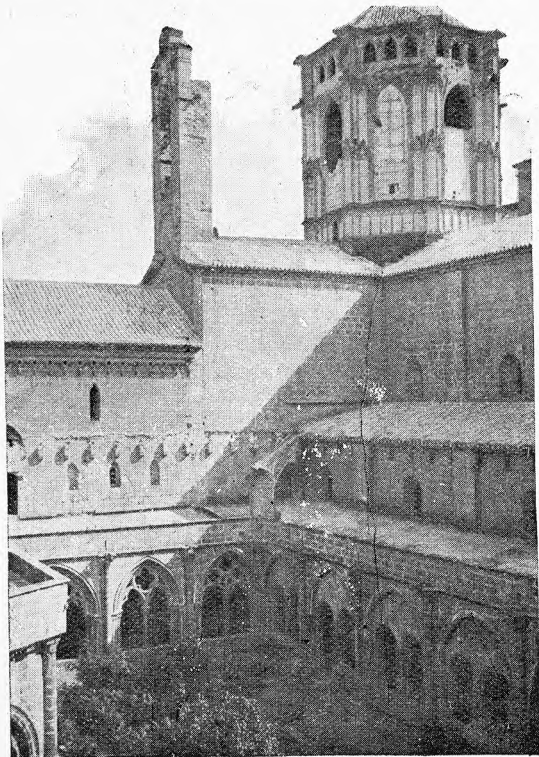
En 1348 fueron definitivamente vencidos los unionistas en la batalla de Epila, siendo abolidos sus privilegios, con lo cual se reforzó el poder de la realeza.



Jaime II presidiendo las Cortes de Barcelona

Así como la primera parte del reinado de Don Pedro el Ceremonioso se refiere a cuestiones interiores, desde el año 1351 se desarrollan otros hechos de carácter exterior.

En 1350 vió el Rey colmados sus deseos de tener sucesión masculina; instituyó, para el infante heredero, lla-



Monasterio de Poblet (Tarragona). Panteón de los Reyes de Aragón

mado Juan, el ducado de Gerona, y encargó la educación del príncipe a persona de su absoluta confianza.

Afirmada la paz interior, emprendió la pacificación de Cerdeña, motivando la guerra con Génova, debiéndose trasladar el Rey a aquella isla, en 1354.

En 1356 se inició la guerra con Castilla, prolongándose con varias alternativas por espacio de trece años. A causa de las alianzas contraídas por el Monarca de aquel reino Don Pedro el Cruel, hubo en Aragón momentos verdaderamente críticos, celebrándose las Cortes de Monzón, en 1362, para proveer a la defensa del reino. Prestó el de Aragón decidido apoyo al pretendiente de Trastámara contra su hermano, terminando estas luchas con la muerte de Pedro el Cruel en Montiel, y realizándose definitivamente la paz entre los dos estados con el casamiento de la infanta aragonesa Doña Leonor con el primogénito de Castilla Don Juan.

Nuevo matrimonio contrajo Don Pedro de Aragón con Doña Sibila de Forciá, en 1379. Intentó casar al infante primogénito Don Juan con María, hija del rey de Sicilia; pero aquél rehusó a tal enlace, contrariando la voluntad del Monarca, quien, no obstante no haber logrado su objeto, se tituló rey de Sicilia, fundándose en el testamento de Federico I, que impedía la ascensión al trono a la línea femenina. Los derechos que alegaba sobre dicha isla fueron transmitidos a favor de su segundo hijo Don Martín.

En 1381 una embajada griega ofreció el señorío de los ducados de Atenas y Neopatria a Don Pedro IV, quien otorgó a Atenas los privilegios de Barcelona.

El esplendor que la corona aragonesa había alcanzado lo demuestra la extensión de sus dominios, en los cuales entraban Aragón, Cataluña, Valencia, Baleares, Córcega, Cerdeña, Sicilia y los ducados de Atenas y Neopatria.

Juan I (1387-1395). Muerto Pedro IV en 1387, le sucedió su primogénito Don Juan I, por sobrenombre el Cazador o el Amador de la Gentileza, por la fastuosidad y lujo de que rodeó su corte, hasta el extremo de haber llamado la atención de las Cortes de Monzón, celebradas en 1388.

En 1390 el conde de Armagnac invadió Cataluña, para hacer valer sus derechos de pretendiente, que decía le provenían del último rey de Mallorca, Jaime III, habiendo sido rechazado.

En el año 1391, al igual que en otros puntos de la Península, en Cataluña sufrieron los judíos terrible persecución.

En 1392 fué enviada a Sicilia una gran armada, para asegurar la posesión de aquella isla a la joven María, casada con el hijo del infante Don Martín.

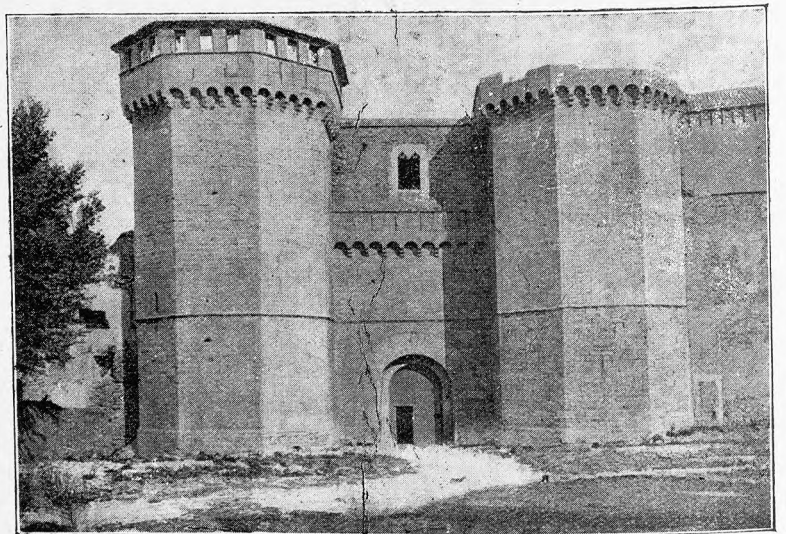
En 1394, al morir el Papa de Aviñón Clemente VII, fué elegido, con el nombre de Benedicto XIII, el aragonés don Pedro de Luna, cuya elección fué, desde luego, reconocida por este reino, conservándose todavía algunos recuerdos del antipapa Luna, en su última residencia de Peníscola (provincia de Castellón de la Plana).

Poco antes de morir Don Juan I, en 1393, se estableció en Barcelona la poética fiesta de los Juegos Florales, que tanta influencia tuvo en el desenvolvimiento de las letras catalanas en aquel período.

Martín el Humano (1396-1410). Fallecido Don Juan I sin sucesión masculina, ocupó el trono de Aragón su hermano Don Martín, que se encontraba en Sicilia, de donde no regresó hasta el año siguiente; pero las corporaciones populares proclamaron desde luego, como reina, a su esposa Doña María de Luna.

El conde de Foix, por estar casado con la hija de Don Juan I, le disputó la corona y entró con gente armada en Cataluña, teniendo que abandonar inmediatamente el territorio invadido, por contar con la oposición de todo el pueblo, pues ya hemos dicho que la rama femenina estaba proscrita en la monarquía aragonesa.

Desde Sicilia se dirigió Don Martín a Aviñón, para visitar al papa Benedicto XIII, desembarcando luego en Bar-



Monasterio de Poblet (Tarragona). Puerta Real

celona. En esta ciudad se celebraron Cortes, en 1409, como continuación de las que se celebraron en Perpiñán, en 1405, y en aquéllas se acordó la expedición a Cerdeña, que se encontraba en continua revuelta, en cuya isla murió el primogénito del Monarca que llevaba igual nombre y era rey de Sicilia.

No quedando otro hijo al rey Don Martín y en vista de la súplica del pueblo para que contrajera nuevo matrimonio al objeto de asegurar la sucesión directa en el trono, el mismo año 1409 casó con Doña Margarita de Prades, siguiendo además las indicaciones del papa Benedicto XIII, quien, fugitivo de Aviñón por habersele mostrado contrarios la mayoría de los Estados para acabar el famoso cisma de Occidente, se encontraba en aquel entonces en Barcelona.

Al morir sin sucesión el rey Don Martín, en 1410, el reino de Aragón experimentó una profunda crisis política. Con el expresado Monarca termina la dinastía que, en línea masculina, directamente descendía del conde Wifredo de Barcelona. Por espacio de quinientos años rigió la casa catalana los Estados Orientales de la Península, alcanzando el reino de Aragón, con la prudencia y sabia política de aquellos soberanos, un desarrollo territorial y una influencia marítima muy superior a los demás estados mediterráneos.

De los diferentes candidatos que podían aspirar al trono, ostentaban derechos preferentes el conde de Urgel Don Jaime, nombrado Lugar-teniente de Aragón en 1409, y el infante de Castilla Don Fernando de Antequera, tío y tutor de Don Juan II de Castilla.

Don Martín no se decidió por ninguno de ellos, y únicamente se limitó a declarar que era su voluntad que reca- yera la sucesión en aquel a quien por justicia le correspondiese.

Tres meses después de la muerte del rey Don Martín, el 31 de Agosto de 1410, se reunió el Parlamento de Montblanch (provincia de Tarragona), trasladado después a Barcelona y el año siguiente a Tortosa, para tratar de la sucesión al trono, enviándose embajadores para que se reuniesen los Parlamentos de Aragón y Valencia, a fin de obrar de acuerdo con el de Cataluña.

En 15 de Febrero de 1412 se convino que los representantes de los Estados aragoneses confederados eligiesen tres personas por cada una de dichas regiones, y, después de examinar el derecho de cada uno de los pretendientes, decidiesen la cuestión.

No se hizo esperar mucho tiempo el fallo, ya que, reunidos los nueve prohombres el 25 de Junio de aquel mismo año en Caspe, decidieron el pleito a favor del infante Don Fernando de Antequera, hijo de Don Juan I de Castilla y de Doña Leonor, hija de Don Pedro IV de Aragón y, por lo tanto, sobrino del difunto Don Martín. En 28 de Junio se hizo por los parlamentarios la solemne proclamación ante la iglesia de Caspe.

La resolución no fué tomada por unanimidad, pues hubo quien opinaba que, atendida la costumbre en estos reinos de que la sucesión procediese siempre por línea

masculina, tenía preferente derecho Don Jaime, Conde de Urgel, descendiente directo del infante Don Jaime, hermano de Don Pedro IV y marido de la hija menor de éste Doña Isabel, quien era también aspirante al trono por sobrevivir a su hermana Leonor, de la cual hacía dimanar sus derechos Don Fernando de Antequera.

Fernando I de Antequera (1412-1416). Después de la proclamación hecha por el Parlamento de Caspe, entró Don Fernando en posesión de su reino. Por parte de Benedicto XIII recibió en Tortosa la investidura de la isla de Sicilia, y celebró Cortes en Barcelona, en las que se juró al primogénito Don Alfonso.

El Conde de Urgel, que no había recibido muy bien el fallo de Caspe, no asistió a aquellas Cortes y únicamente prestó homenaje al nuevo Monarca por medio de sus representantes.

Esto indicaba claramente que en su ánimo anidaba el

deseo de levantarse en armas en defensa de sus derechos que consideraba preteridos, contando con sus parciales de Cataluña, en donde radicaba su extenso Condado, y con los de Aragón, capitaneados por Antonio de Luna, además de los gascones e ingleses que le habían prometido auxiliarle.

Sabedor el Rey de lo que se trama-

ba, mandó el 5 de Junio de 1413 se instruyese sumaria contra el Conde, ordenando, además, al gobernador de Cataluña que ocupase los territorios del Condado.

Derrotadas por el Conde las fuerzas del Gobernador, llegó a poner sitio a Lérida sin lograr ninguna ventaja, al paso que eran batidas en el Norte de Aragón las huestes de Luna.

Este descalabro y la falta del auxilio extranjero en que confiaba, pusieron en grave aprieto al conde Don Jaime, que pronto se vió rodeado por las tropas que entraban por la parte de Aragón y el ejército real que había salido de Barcelona, mandado por el mismo Monarca.

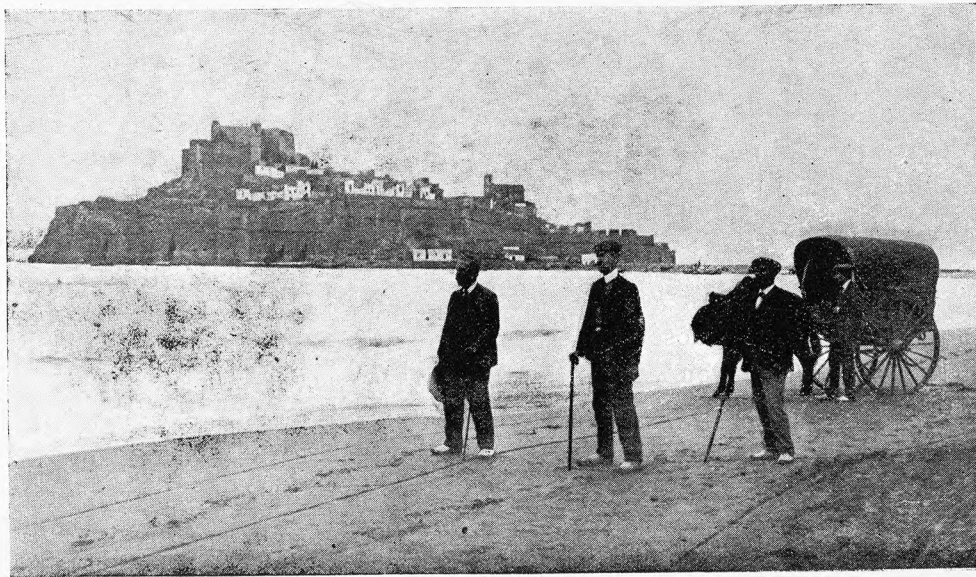
En esta situación, se encerró el Conde en el fuerte castillo de la ciudad de Balaguer, capital de su Estado, la cual quedó sitiada a primeros de Agosto y tuvo que rendirse al cabo de tres meses de heroica resistencia.

El conde Don Jaime, que la historia conoce con el sobrenombre de el Desdichado, fué condenado a prisión perpetua y confiscados sus bienes.

Vencedor Don Fernando, fué solemnemente coronado en Zaragoza, donde celebró Cortes.

En 1415, con objeto de acabar con el cisma que perturbaba la paz de la Iglesia, requirió a Benedicto XIII para que renunciara la tiara, y, no pudiéndolo obtener, se separó de su obediencia, retirándose el antipapa Luna a su castillo de Peñíscola.

Un serio contratiempo tuvo que sufrir el Monarca



Castillo de Peñíscola (Castellón), última residencia del papa Luna

pocos días antes de su fallecimiento y que algunos historiadores han supuesto que debió influir en su delicado estado de salud. El hecho a que nos referimos fué la embajada que le envió el Consejo de Ciento de Barcelona hallándose en la misma ciudad, requiriéndole el pago del impuesto o *vectigal* que pesaba sobre ciertos artículos de consumo, del que pretendía eximirse, escudándose en la dignidad real, pero tuvo que someterse a los privilegios de la ciudad, que él había jurado observar.

Alfonso V el Magnánimo (1416-1458). Buena parte de su largo reinado lo dedicó Alfonso V a los asuntos de Italia, requiriendo asimismo su atención las cuestiones interiores de Castilla.

En 1420 se trasladó a la isla de Cerdeña, que quedó pacificada en pocos días, dirigiéndose entonces a la de Córcega. Pasó después a Sicilia, por más que su principal objetivo era Nápoles, a donde fué llamado por la reina Doña Juana II, que, al adoptar a Don Alfonso como hijo, le había nombrado heredero de sus dominios.

Con este motivo vuelve a intervenir la corona aragonesa en las arduas luchas que se desarrollaron en aquella parte de Italia, por espacio de treinta años, hasta que quedó definitivamente conquistado el reino de Nápoles.

El primer período de esta campaña abarca desde 1421 a 1423. Trasladado el Rey a dicha ciudad, vió triunfar sus armas de las de Anjou; pero la reina Doña Juana, recelosa tal vez de aquellas victorias o debido a su veleidoso carácter, se deshizo del convenio establecido con Don Alfonso, entregándose al partido contrario.

Este cambio de frente puso en situación muy angustiosa a las tropas aragonesas, acosadas por las calles de Nápoles, mientras el Rey se refugiaba en el castillo que, por su proximidad al mar, pudo con facilidad recibir el auxilio de las naves que los catalanes le habían enviado, al mando de don Juan Ramón Folch, conde de Cardona.

Con este refuerzo, los sitiados, con Don Alfonso al frente, se hicieron dueños de Nápoles, donde dejó el Rey a su hermano Don Pedro como lugarteniente, regresando aquél a la Península. De paso atacó la ciudad de Marsella, que era el principal centro marítimo de los dominios del duque de Anjou, quien había sido oficialmente adoptado por la fugitiva reina de Nápoles Doña Juana.

En 1423 falleció Benedicto XIII, quien mantuvo sus derechos al pontificado desde su castillo de Peñíscola ante el Papa de Roma, elegido por el Concilio de Constanza, y por más que los cardenales de su Colegio le eligieron sucesor en la persona de Gil Sánchez Muñoz, canónigo de Barcelona, éste, en vista de la poca fuerza de aquel nombramiento y escasa autoridad, renunció en 1429.

Entre tanto había intervenido Don Alfonso en los disturbios de Castilla, y, una vez firmada la tregua, en el año 1430, sin dejar terminadas las Cortes de Barcelona, que continuaron presididas por la reina Doña María, el Monarca partió de aquel puerto, en 1432, hacia Sicilia.

Temerosa la reina Juana de Nápoles del poder de Don Alfonso, en 1433 le adoptó otra vez, revocando el convenio hecho con el de Anjou, lo cual motivó la segunda campaña en aquellas tierras, que empezó el año siguiente, luego de fallecida la nombrada Reina.

Después de varios contratiempos, en 1442 se tomó por asalto la ciudad de Nápoles, sucediendo otras victorias, hasta quedar totalmente pacificado dicho reino. Recabó Don Alfonso, de las Cortes de aquel país, el juramento de

heredero a favor de su hijo natural Don Fernando, que logró legitimarlo.

Por la muerte del duque de Milán, en 1447, entró Don Alfonso en posesión de este nuevo estado, que renunció después a favor de Sforzia.

Fomentó Don Alfonso las ciencias y las letras, fundando al efecto las Universidades de Gerona, en 1446, y de Barcelona, en 1450; floreciendo, durante este reinado, gran número de poetas y prosistas catalanes, y cosmógrafos eminentes, especialmente en Mallorca. El comercio marítimo adquirió su más alto grado de desarrollo por todo el Mediterráneo.

Juan II (1458-1479). Muerto sin sucesión legítima Don Alfonso, le sucedió su hermano Don Juan, casado con la reina Doña Blanca de Navarra.

La paz y armonía interior que caracteriza el reinado que precede, se convierte en continuos disturbios durante el gobierno de Don Juan II, especialmente en Cataluña, por su impolítico proceder, agravando la situación la lucha social provocada por los *remensas*.

De su matrimonio con la reina de Navarra había nacido Don Carlos, conocido por Príncipe de Viana, nombrado heredero por su madre, si bien no podía tomar las riendas del gobierno en vida de su padre.

La muerte de Doña Blanca y el nuevo matrimonio del rey con Doña Juana Enríquez, motivaron serios disgustos en la familia real, que se tradujeron en los dos partidos navarros de Beamonteses y Agramonteses, según fuesen respectivamente favorables o contrarios al Príncipe. Agravó la cuestión el nacimiento de un hijo del segundo matrimonio, más adelante conocido por Fernando el Católico.

Reconciliados aparentemente padre e hijo, Don Carlos, procedente de Sicilia, se dirigió a Mallorca y Barcelona, en cuya última ciudad se le hizo un entusiasta recibimiento, que despertó los celos mal disimulados de su padre.

Comparecido el primogénito Don Carlos a las Cortes que se celebraban en Lérida, fué detenido por orden del Rey, contraviniendo los fueros y constituciones por que se regía Cataluña. El Principado reclamó la libertad del primogénito, quien, desde su reclusión de Morella, se dirigió a Tortosa y Barcelona entre las aclamaciones del pueblo.

Los representantes del Principado, que tenían cifradas sus esperanzas en Don Carlos, recabaron la concordia de Villafranca (21 de Junio de 1461), en virtud de la cual el Rey prometía hacerle jurar como primogénito, dejándole en calidad de Lugarteniente de Cataluña. La prematura muerte del Príncipe, en el mes de Septiembre de aquel mismo año, dió pie a la creencia de que había sido envenenado por orden de su madrastra la reina Doña Juana.

Las diferencias entre el Rey y Cataluña eran bien manifiestas. La Reina se presentó con el infante Don Fernando en Barcelona, mientras los payeses de remensa, soliviantados secretamente por el poder real, encendían una revolución social, con el fin seguramente de debilitar la influencia de la Diputación, en la que estaban representadas las clases altas y la clase media.

La lucha entre la realeza absorbente y las libertades públicas se había entablado. Convencida la Diputación de la vileza de que habían de ser objeto sus principales miembros, levantó un ejército mandado por el conde de Pallars, que sitió Gerona, en donde se había acogido la Reina al salir de Barcelona el 11 de Marzo de 1462. Los días 9 y 11 de Junio declaró solemnemente la Diputación que Cata-